





LA MALDICIÓN DEL INCA  
Inkaj Ñakaynin



LA MALDICIÓN DEL INCA  
Inkaj Ñakaynin

Ecuador, Quito  
Freddy Angamarca

Título: La maldición del Inca Inkaj Ñakaynin  
Reservados todos los derechos.

Queda prohibida cualquier reproducción total o parcial por cualquier medio o forma, ya sea fotocopia, microfilm o cualquier otro procedimiento, o su traducción a otro idioma, sin el consentimiento escrito del autor. En caso de incumplirse el infractor quedará sometido a las sanciones establecidas en las leyes Ecuatorianas.

Copyright © 2020 by Freddy Angamarca  
Hecho en La Argelia, Quito, Ecuador



## Prólogo

El abogado miró una vez más los papeles que tenía en las manos. De entre el montón, el viejo pergamino sobresalía.

Los símbolos ahí puestos le resultaban demasiado familiares sin haberlos visto antes; y demasiado extraños en ese contexto. El deterioro indicaba la antigüedad de la pieza y algunas marcas señalaban que ya fue manipulada antes. Las líneas y las indicaciones en forma de símbolos no necesitaban de mayor interpretación: ese papel era lo que parecía. Al menos estaba un noventa por ciento seguro.

Un mapa.

Apartando por un segundo los documentos leyó por centésima vez el nombre del difunto al que pertenecieron en vida, fijándose en cada detalle, intentando encontrar alguna pista que develase aquel misterio; cualquier indicación del destino que le correspondía a lo que tenía entre manos.

No encontró nada.

Si acaso el muerto quería que esos papeles se legasen a alguien, se llevó el secreto a la tumba.

Cansado, el abogado se levantó de su cómoda silla y camino hacia el ventanal por donde veía la ciudad de Quito. El tráfico habitual cruzaba las calles y la gente ni siquiera se dignaba en mirar arriba, concentrada en su individualidad.

Su despacho estaba ubicado en un noveno piso, las paredes eran beige, algunos estantes llenos de libros adornaban la

estancia. Un par de plantas también. Pensativo, volvió al escritorio y dejó con cuidado los papeles allí, mientras se sentaba frente a su computadora para poder sacarse algunas dudas.

"Historia Inca" fueron las primeras palabras que ingresó en el buscador: los resultados solo le hicieron leer lo que tantas veces antes le enseñaron, lo que cualquier ecuatoriano con un mínimo de interés en su historia debería de saber. Los Incas, quiénes comenzaron como un pequeño pueblo para pasar a ser el Imperio más importante de Sudamérica; nombres como Huayna Capac, Atahualpa, Huascar, Rumiñahui, Cuzco, Tahuantinsuyo, *Quito*. Esa era la historia de sus antepasados, de sus verdaderos antepasados.

Después de algunos minutos, en el blog en el que navegaba encontró justamente lo que quería averiguar: Escritura Inca. Dio click en el enlace y después de leer algunos párrafos, corrobora lo que ya suponía.

La cultura Inca, el Imperio más grande de Sudamérica, no tuvo, o al menos no se conoce que haya tenido, un sistema de escritura como se entiende el poner símbolos sobre una superficie. Lo más cercano a un registro de su historia eran los quipus, que además de ser instrumentos usados para la contabilidad del Imperio, recientes investigaciones los señalaban como los guardianes, en forma de nudos, de la tradición Inca.

Sea como sea, el abogado tenía razón en que, como tal, no existía una "escritura Inca".

¿Entonces por qué en ese viejo papel se encontraban una serie de símbolos dispuestos alrededor de una ubicación, como si tal fueran indicaciones? ¿Por qué parecía *tanto* un mapa, un *mapa Inca*?

Fuera, el ruido de pasos y de una amena conversación indicaba que los herederos del difunto, sus hijos, regresaban de almorzar. No parecían malas personas, pero su interés únicamente radicaba en los terrenos y las propiedades que su padre les dejaba, y ninguno hizo siquiera la mención de documentos algunos. De hecho, tampoco en el testamento se mencionaba nada de eso y el único motivo por el que el abogado los tenía en sus manos es que estaban guardados en el mismo pequeño cofre donde se encontraba el testamento, y que como gesto de buena voluntad, el hijo mayor le obsequio.

¿Debía pues hacer lo correcto y devolver los papeles a sus legítimos dueños? ¿Existían esos legítimos dueños? ¿Eran los hijos del muerto?

Si bien su ética como abogado el obligaba a mencionar la existencia de esos papeles, su interés por la historia se lo impedía. Después de todo, ya los hijos del difunto estaban contentos con las propiedades legadas.

Él podría investigar un poco más de ese mapa.

Después de todo, para bien o mal, conocía a la persona idónea para ayudarlo, alguien con quien si bien no mantenía la mejor relación, reflejaría el mismo o quizás más interés por el misterio guardado entre esos símbolos.

Decidido, abrió la puerta de la sala contigua, borrando la incertidumbre y dibujando la mejor sonrisa que tenía en su rostro.



El arqueólogo devoró el último bocado de su sandwich de jamon y queso disfrutando del delicioso sabor; terminándolo de pasar con un sorbo de su gaseosa negra, bien helada. En su laptop la lista de alumnos parecía interminable y las calificaciones ingresadas más bien eran pocas. Le esperaba un largo trabajo por delante.

Fuera el cielo de Quito anunciaba lluvia, torrencial lluvia que sumada a que todavía le quedaba mucho trabajo, le anunciaban otra tarde que se quedaría en el trabajo.

<< ¡Que demonios! >> Pensó el arqueólogo.

Nadie le esperaba en el modesto apartamento que tenía y tampoco cocinó nada, por lo que quedarse en el salón de profesores mirando a alguna de sus atractivas compañeras no era tan mala idea. Por lo menos ahí en el salón el café era inagotable.

Tiró los residuos de su improvisado almuerzo mirando hacia los extremos. Las paredes color blanco en la parte superior y color marrón en la parte inferior, los archivadores menta, los muchos escritorios dispuestos para los magísters. Algunos pocos de sus compañeros también estaban calificando exámenes, otros leían sendos textos. A pesar de que ellos eran más experimentados, él era más guapo. <<Y todos lo sabemos>>.

Sonriendo para sus adentros, el arqueólogo se sentó una vez más. En su pequeño escritorio, las torres de hojas y exámenes que aun tenía que calificar ocupaban aún más espacio que los libros de historia. Para su suerte el día siguiente era sábado, por lo que se podría dar un pequeño descanso, quizá tomarse unas cervezas, quizá llamar a Nancy, la amiga con quien se llevaba tan bien. Quizá, quizá, quizá.

## La maldición del Inca

Apartando un momento su trabajo, tomó uno de los libros de historia y abrió una página al azar. La página en cuestión hablaba de la colonia, de la independencia, de los próceres que dieron su vida para que ahora ellos, los ecuatorianos, disfruten de su “libertad”. Tantos personajes que lucharon por su pueblo en contra de un yugo establecido adornaban esas páginas. <<Para que ahora tanto político hijueputa nos haga tonteras>>. Sonriendo, siguió leyendo la historia, concentrándose demasiado en las letras.

Cuando levantó la mirada, horas después, vio como ya atardecía. Los pocos profesores que todavía se encontraban en el salón iban abandonándolo: las luces encendidas cada vez eran menos. Tras estirar los brazos guardó su computadora y sus libros, dejó los papeles en un semiorden y se aflojó un botón de la camisa. Pasando una mano por su cabello desornado, se miró un segundo en el reflejo de un cristal y aunque esperó encontrar un rostro atractivo, solo vio rasgos cansados y una barba desaliñada. Ya no tenía veinte años.

Saliendo del salón se despidió de los pocos compañeros que quedaban y se dirigió a la entrada de la universidad, mejorando su autoestima cuando a pesar de su cansada apariencia algunas alumnas le sonrieron.

Un poco más feliz cruzó la puerta principal y se encaminó hacia el trole, sin decidirse aun si llamar a Nancy o irse a casa. Después de pensarlo un poco, ansioso de calor femenino, tomó su celular y se dispuso a marcar un número.

Justo entonces el celular vibró, mostrando en pantalla un número desconocido. Respondió enseguida, curioso, sin saber todo lo que le traería esa llamada.

Un escalofrío le recorrió al escuchar esa vieja pero conocida voz. —Hola, hermano.

La cafetería estaba poco llena a esa hora.

El arqueólogo y el abogado llegaron al mismo tiempo. Al mirarse se quedaron congelados durante un instante, hasta que se movieron a la misma mesa, midiéndose con los ojos. Ambos vestían traje.

Después de tanto tiempo sin verse, el encuentro con el otro era muy incómodo. Sin embargo ahí estaban y no podían ya retroceder.

El mayor, el abogado, tomó la palabra. —Carlos, mucho tiempo que no te veo. Tú... ¿Cómo estás?

El otro miró por un segundo a su interlocutor y sin pensarlo se levantó, dispuesto a retirarse, cuando un firme agarrón en el brazo lo obligó a detenerse. A punto estuvo de reaccionar mal cuando respiró profundamente y decidió sentarse de nuevo.

—Dijiste que tenías algo que podía interesarme, Segundo. Tu llamada me sorprendió tanto que decidí venir. Si esto es solo una visita social, creo que no hay nada que decir aquí.

Sin decir palabra, el abogado, Segundo, puso su maletín sobre la mesa y lo abrió con parsimonia, sin quitarle la mirada al arqueólogo, Carlos, cuyos ojos eran duros. Justo cuando el mayor estuvo por sacar los papeles y comenzar la explicación, una voz femenina los interrumpió. —Caballeros, ¿van a ordenar algo?

La mesera, sonriente, los miró a ambos y si bien detectó el aura tensa que se cernía entre los dos hombres, no le interesó. Ella solo cumplía su trabajo. —Sírvenme una taza de té y dos quesadillas. —pidió el abogado.

—Una sandwiché de jamón y una cola bien helada, — ordenó el arqueólogo.

La chica, dedicándoles una última sonrisa profesional, se marchó.

Los dos hombres se miraron una vez más. —Mierda, — exclamó Segundo—. Ha pasado mucho tiempo desde que no te miro. *Soy tu hermano*. No te pido que seas mi amigo, pero por lo menos por una vez podemos llevarnos bien. No es imposible.

—Tal vez sí —respondió Carlos, tajante.

Absteniéndose de responder el abogado suspiró y sacó por fin el pergamino de su maletín. El traje que usaba comenzaba a apretarle, por lo que safó un poco la corbata y se abrió las mangas de la camisa, dejando a su vez la leva en el respaldo de su asiento. Su hermano iba en cambio vestido con una camisa abierta y un pantalón de tela, muy al estilo libre suyo.

Extendiendo las manos, pasó el viejo papel al otro, que lo recibió solo después de fijarse en los símbolos grabados en su superficie. Segundo se sintió complacido al mirar la fascinación en los ojos de su hermano. Sabía de antemano que eso le iba a interesar demasiado.

Los minutos pasaron mientras Carlos examinaba el mapa. No se inmutó cuando la mesera trajo la comida, fascinado, recorriendo con los dedos cada parte del mapa. Tal y como su hermano advirtió antes, los símbolos parecían indicaciones, escritas, lo que no era de ningún modo posible. Después de todo, el más que nadie sabía que los Incas no disponían de una escritura como tal. Y aun si esa fuese una especie de “escritura Inca” perdida, era imposible que el mapa procediese de esa cultura, por un simple razón.

Los Incas no usaban pergaminos.

## Alexander Angamarca

Segundo tomó una de sus quesadillas y se la llevó a la boca. Carlos continuó su examen unos segundos más hasta que, esceptico, bajo el papel dejándolo en la mesa, apartándolo de la comida. —¿Qué es esto? —Confrontó a su hermano.

Segundo, paciente, bebió del té y tomo un trozo más de quesadilla. Carlos, molesto, aprovecho para morder el sanduche.

—Un cliente habitual, que falleció recién. —Explicó el abogado—. Este papel y algunos otros se encontraban en un pequeño cofre que uno de sus hijos me regalo, aludiendo que solo era una vieja reliquia de su padre. El modo en que están dispuestos los símbolos y todo me hace creer que es una especie de mapa, pero quise consultar con un experto. —Finalizó.

<<Un experto>>. Carlos no supo si la intención de su hermano era halagarlo, pero si tal era el caso no lo logró.

—A primera vista es así. —Respondió con voz fría—. Un mapa que señala alguna ubicación importante, indicaciones que te llevan hasta allí. Suena fascinante, pero desde ya te digo que es falso.

La sentencia de su hermano no le inmutó. Se lo esperaba después de todo, así que solo comió y bebió un poco más antes de responder. —¿Por qué?

—Los Incas no escribían, al menos que se sepa. Y si por si acaso este fuera un increíble descubrimiento que señalase la existencia de un perdido alfabeto Inca, toda esa hipótesis se cae cuando vemos que esta escrito en un pergamino. El pergamino no existía aquí, fue traído con los españoles, por lo que el documento no puede ser prehispanico. Antiguo sí, pero de una etapa posterior a la conquista.

—¿Aun así no deja de ser valioso, cierto? —Repuso el abogado—. Digo, tal vez pudo ser hecho por algún grupo posterior, por alguien que conservó la tradición Inca y quiso

plasmar algo importante en ese papel. Tú mismo lo dijiste: es antiguo.

Por un segundo, la mente de Carlos se llenó de posibilidades. Tal vez... Algún grupo de Incas que huían y quisieron ocultar algo, plasmando indicaciones en un pergamino que robaron de los conquistadores. No era imposible, por supuesto, y tan solo el mapa era un descubrimiento fascinante, sin contar que podría encontrar una vez lo resolviesen.

Sin embargo, esto no funcionaba así. Tendría que llevar el “papel” ante más expertos, estudiarlo detenidamente, comprobar su antigüedad. Si de verdad era de la época Inca, y aun si no condujese a ningún resultado, el pergamino era el equivalente a tener oro entre las manos. Oro que tendría que compartir una vez pidiese la opinión de expertos. Si tan solo pudiera saber que significaba los símbolos ahí puestos...

Entonces recordó las palabras de su hermano. —Dijiste que habían más papeles, ¿cierto? —Inquirió—. ¿Los tienes? Prestámelos.

Segundo, satisfecho ante el interés que mostraba su hermanito, tomó el maletín y sacó de allí el fajo de documentos que no revisó todavía, ocupado como estuvo toda la tarde ultimando los detalles para que cada hijo recibiese la voluntad del padre. Ya cumplió esa labor y ahora ya no vería nunca más a esas personas. <<A menos que les devuelva sus papeles>>. Pero sabía bien que no lo haría.

Carlos tomó los papeles y los revisó con cuidado, mientras Segundo disfrutaba de la última quesadilla y bebía poco a poco el té. —Cuentame más de ese muerto, —escuchó decir a su hermano, mientras él comía.

—No hay nada más de interés, —respondió—. Un anciano relativamente rico, con varios hijos. Viudo, viviendo solo en una

## Alexander Angamarca

casa por el norte. Lo conocía porque me contrató para una cuestión de unos terrenos hace algunos meses y ahora me confió su testamento y la distribución de bienes. Ese papel es un chiripazo.

A pesar de prestarle toda la atención a esas palabras el arqueólogo no respondió; concentrado en separar las cartas o viejas facturas de hace muchos años de lo que le parecía llamativo, que era más bien poco. Sus ojos bailaban intentando encontrar algo interesante. A punto estuvo de dejar los papeles a un lado cuando uno llamó su atención.

El papel también era viejo, mucho menos que el pergamino, constituyendo una simple hoja de cuaderno, arrancada, cuyos bordes irregulares estaban amarillentos. Los ojos de Carlos se abrieron por pura incredulidad al leer lo que allá se hallaba escrito. *No era posible.*

Su hermano, definitivamente, le acababa de dar oro: una fuente de oro.

Sintiendo un escalofrío, tomo el pergamino junto con la hoja del cuaderno, comparando ambos documentos. He ahí la traducción del mapa. He ahí algo tan impresionante que le dejaba sin aliento.

Segundo, notando la emoción de su hermano, inquirió. — ¿Qué pasa Carlos? ¿Qué encontraste?

El arqueólogo se tomó un segundo para respirar y comer un poco más de su sandwich. Sus manos comenzaban a sudar. — Segundo. El difunto debió de haber sido alguien mucho más importante que un hombre común. Este pergamino, estos papeles... si en verdad son lo que parecen, me acabas de dar una mina de oro. Quizá, literalmente, una mina de oro.

>>El pergamino es un mapa, y acá en este otro papel, esta su traducción, la traducción de esas indicaciones. *Un mapa Inca,*

señalando la ubicación de algo importante, un templo, una especie de ciudad.

Segundo sintió un escalofrío al atender las explicaciones de su hermano. Estirando las manos, tomó ambos papeles.

En la hoja del cuaderno se encontraba la interpretación de los símbolos del mapa, la traducción de las indicaciones. Con esa guía podían traducir los símbolos, podían encontrar la ubicación.

Al abogado no le importaba quién era el difunto ya. Fascinado, se dispuso a resolver el mapa.